

EL DÍA QUE ME DEJÓ MI MUJER

Por Magnus Dagon

Sí, supongo que todo empezó ese día. Ella argumentaba que me pasaba todo el día con mis plantitas, que me pasaba más tiempo entre estambres y pistilos que con sus... en fin. El caso es que después de mucho pensarlo llegué a la conclusión de que tenía razón. Me pasaba todo el día cuidando de las plantas de mi invernadero personal, pero es que era normal, pues me dedicaba a la botánica. Simplemente el trabajo me absorbió, como a mucha gente antes, y cuando me quise dar cuenta ya era demasiado tarde.

De todos modos no me entristecí. Cuando a uno le deja su mujer (o marido) suele experimentar dos tipos de reacciones básicas inmediatas. O bien se vuelve catatónico y se queda en estado vegetativo, incapaz de decir una palabra, ya sea de odio o de súplica, o bien volverse hiperactivo y cometer una estupidez que puede o no implicar violencia. Si bien este último estado es más propio de los hombres, si el sujeto trabaja en alguna oficina de Talópolis IV (como hace la mayor parte de la gente de dicha ciudad) se limita a insultar a algunos de sus compañeros de proyecto, maldecir el café frío con más ímpetu del habitual y, en el peor de los casos, reventar el teclado y la pantalla del ordenador a puñetazos.

Pero cuando se es el Vigilante de Semillas del Templo de las Puertas de Arnápolis IV, como era mi caso, la posibilidad de cometer un error grave se incrementa bastante más.

Bástese añadir que es un honor ostentar el cargo de Vigilante de Semillas. De hecho se podría decir que era la culminación de mi carrera. Para los que no lo sepan, el Templo de las Puertas es un edificio cuya función consistía en... bueno, quizás una descripción física previa será de más agrado y mantenga más el suspense. Más que nada porque de ese modo me olvido un poco de mi mujer, y así hasta parece que lo que voy a contar es serio.

Para muchos ese lugar era ideal, casi idílico, y en verdad provocaba toda clase de variadas sensaciones según la persona que lo viera por primera vez. En mi caso concreto, desde la elevada colina en la que se asentaba el Templo, fui invadido por una abrumadora soledad. Kilómetros de verde y ni una sola persona a la vista, ni siquiera construcciones perpetradas por la mano del hombre en la lejanía. Sólo aquel extraño parque. Pero incluso éste se ofrecía a mis ojos ruinoso, carente de toda vida a pesar de estar todo en su sitio y ni una piedra, ni un solo puente fuera de lugar. Era fácil sentirse el amo absoluto de todo lo abarcable desde aquella colina, pero era un vasto reino inútil aquel que uno creía poder gobernar. Alejados lagos artificiales, recovecos verdosos con esquinas anfitéatras, arcos torcidos flanqueando caminos intransitables, escaleras que no llevaban a ninguna parte, misteriosos vergeles inaccesibles ocultos entre la penumbra. Un extraño lugar para un extraño edificio. No sólo por lo que encerraba en su interior; su aspecto mismo no pasaba desapercibido. Rodeado de retorcidos olivos que nacían directamente de la hierba, atravesado por pasarelas colgantes, a medias cristal a medias metal, con tejados curvos y robustos que no cubrían nada, muros que no delimitaban ningún espacio interior y agujeros cementados que

no daban a ninguna parte. La impresión general era de incompreensión, como si no hubiera sido creado por seres humanos y tampoco estuviéramos destinados a apreciarlo. Era como si John Lennon hubiera tratado de empezar su carrera musical en el siglo quince.

Tras el bonito inciso dramático 1, sólo aclarar que, en efecto, el edificio y sus alrededores no eran obra del hombre, pues tras muchos estudios se concluyó que la arquitectura del lugar no tenía precedentes, del mismo modo que la disposición paisajística no correspondía con las tendencias de civilización alguna.

También lo de que las habitaciones del edificio fueran portales que permitían viajar en el tiempo fue una pista.

A veces trato de imaginarme qué pensaron los agitaprobetas que empezaron a estudiar el edificio. Supongo que para ellos fue como para mí cuando voy por el bosque de Arnápolis IV y me encuentro una planta nueva; me empiezo a preguntar qué hace allí, cómo se relaciona con las del entorno y cuál es su función concreta en el ecosistema. Claro que el Templo de las Puertas es un poco más complejo que eso. Bueno, la verdad es que en mi opinión no hicieron con él mucho más que utilizarlo. Nunca supieron de qué material estaba hecho, ni cómo funcionaban las habitaciones. Sin embargo sí se enteraron de cómo crearon el terreno de su alrededor. Raza sabia la de los bichos que crearon el Templo. Cada puerta tenía una cerradura de forma ovalada, y tras probar toda clase de extrañas llaves un biólogo se dio cuenta de que el agujero de una de las puertas tenía la forma de una semilla de *urganius ulastic*, es decir, cardo borriquero común, a lo que cultivó uno y cuando las semillas tuvieron el tamaño adecuado cogió una y la introdujo por el agujero. La puerta se abrió y la semilla fue expulsada al exterior del Templo con un extraño e inquietante ruido. Más tarde se comprobó que un cardo creció allí donde la semilla había caído. Botánica hiperacelerada. Claro que la puerta se clausuró. No era plan de llenar de cardos borriqueros todo el lugar (a lo que algunos expertos sostienen que no tenemos el cardo en la estima que deberíamos, pero esa es otra historia).

El caso es que al final se empezaron a abrir ocasionalmente otras puertas, creando por ejemplo los olivos que rodeaban el Templo; y al tiempo se vio que era necesario encontrar a alguien que habilitara un invernadero donde poder crear las llaves necesarias para los agitaprobetas. Ese alguien era el Vigilante de Semillas, puesto que acabó ostentando un servidor.

A estas alturas de la historia alguno seguramente se preguntará qué coño tiene que ver todo este rollo kafkiano con el hecho de que me dejara mi mujer. Bueno, aún faltan algunas cosas por contar.

En fin, que el edificio empezaba a ser comparado con el azulejo gigante ese que salía en 2001, pero éste era al menos un poco más divertido y tenía algo dentro, un montón de habitaciones para ser más exactos. Y ésas sí que eran bastante más normales, como si estuvieran diseñadas para nuestra raza. Lamentablemente adolecían de cierta decoración interior, de hecho estaban vacías por completo. Bueno, hasta que el biólogo que descubrió lo de las semillas (y con el cual, por cierto, no se ha hecho justicia porque ni un colega como yo puede recordar el nombre) entró en esa habitación y cerró tras de él. Él no notó nada, pero cuando salió de la habitación todo había cambiado. Había viajado una cantidad de años hacia el futuro tan espectacular que no era capaz ni de empezar a averiguarlo. Afortunadamente para él

aún llevaba más semillas en el bolsillo y las usó para hacer el viaje de vuelta y regresar a nuestra época. Tras ello los agitaprobetas más importantes del mundo se reunieron y tras arduos debates llegaron a tres conclusiones:

- 1) Todas las puertas llevaban al lejano futuro.
- 2) La fecha del viaje era fija para cada una. El Templo parecía inmutable al paso mismo del tiempo, como si se encontrara fuera de los límites de esta dimensión. Se instalaría un reloj de pared para medir de manera práctica el tiempo transcurrido, dada la ausencia de ventanas que permitían ver el exterior.
- 3) Se colocaría una silla porque era una pesadez esperar de pie mientras el tiempo avanzaba más deprisa dentro de la habitación que en el exterior (ésta se aprobó por unanimidad).

No mucho después, realizando complejas mediciones (digo complejas porque era una tarea de chinos empezar a contar cuántas veces giraba la manecilla del recién instalado reloj) averiguaron cuántos años se viajaba en el tiempo al futuro. Pero como la cifra era tan grande que no cabía ni en las páginas de un libro de esos que usaban para castigarnos a sujetarlo cuando éramos unos críos, se limitaron a proclamarla a la opinión pública con el científico término de "muy grande". También proclamaron lo que vieron en el futuro lejano, tras mucha deliberación. Sin embargo yo nunca lo creí hasta que un día, limpiando una de las salas (la gente que espera una cantidad innumerable de años en una habitación es un poco sucia a veces) se cerró la puerta conmigo dentro. Al salir, concluí dos cosas: que no hacía falta que me pusiera a barrer demasiado, porque los pasillos estaban llenos de cadáveres, y que algo muy malo había pasado en el exterior. Cuando salí, me encontré una tierra muerta, sin rastro alguno de vegetación, pero con signos de edificios derrumbados, olor a ceniza, podredumbre, esas cosas. Pero no dejé de pensar que, en el fondo, no eran mal abono vegetal. La civilización resurgiría, de eso no había duda. A lo lejos se apreciaban muestras de ello; ciudades nacies, allá donde Arnápolis IV debería resurgir en el horizonte. Muy a lo lejos, pero se apreciaban.

Tuve que estar allí varios meses hasta que cultivé, un poco apartada, una *erfucis catimbrus*, y tras varios intentos fallidos, regresé a casa. Al llegar, aparte de nombrarme el Explorador más Valeroso del Futuro y condecorarme con una medalla por obtener vida en una tierra sin esperanzas, me dieron el día libre.

Bueno, sí, esto sigue sin tener mucho que ver con que mi mujer me dejara. Pero ya falta menos.

El tema es que como los seres humanos somos muy originales, en vez de poner nombres a las puertas, que hubiera quedado mucho más creativo aunque un poco lioso, pusieron números como si de un enorme motel de carretera se tratase. De ese modo se contribuyó a degradar mi trabajo y convertirme en una especie de portero intertemporal. Claro que la ventaja era que podía hacer un estudio secreto del uso de las habitaciones, pues ponerse a contar plantas en el exterior y asociar cada una con su habitación era poco menos que inabarcable.

El caso era que la mayor parte de las habitaciones eran de uso, si no público, al menos accesible con los permisos adecuados. Sin

embargo pronto me di cuenta de que una de las habitaciones, la 713, estaba prohibida para todo el mundo salvo para el director del Templo, el Doctor Fex, y quien él designara personalmente. Sólo él y unos pocos allegados de hecho la habían cruzado, y por lo que pude averiguar llevaron a cabo un acuerdo secreto por el cual no se volvería a cruzar jamás, a lo que me pregunté por qué entonces no la destruían sin más, pero bueno, ya se sabe cómo son los agitaprobetas, muy buenos con eso de las ciencias pero un poco atrofiados en el resto de procesos mentales, como pelar la fruta o freír un huevo.

Y aquí es donde entra el día que me dejó mi mujer. Porque si uno está hecho polvo y le apetece cometer una estupidez muy gorda de esas que te echan y no se te ocurra pedir indemnización de desempleo, y en vez de trabajar en una oficina de Arnápolis IV como asegurador de viajes espaciales trabajas de Vigilante de Semillas en el Templo de Puertas, un lugar casi místico con una puerta que está prohibido cruzar, ¿qué haces?

Bueno, pues eso, cuando todos se largaron y me dejaron solo en el Templo empecé a perpetrar el plan. Sin embargo mis recuerdos ahora se vuelven más tristes, más vívidos, por lo que quizás es mejor que me ponga serio otra vez, porque aquellos acontecimientos de verdad fueron importantes para mí, y los viví con gravedad. Además, es más comercial.

Supongo que todos hemos tenido alguna vez esa sensación. La necesidad de mandarlo todo a la mierda, de echarnos la mochila al hombro y largarnos lo suficientemente lejos como para, al menos, ya no encontrarnos con nadie, sino estar en un lugar donde todo y todos nos resulten desconocidos. Luego nos arrepentimos y como borregos regresamos a eso que llamamos vida diaria, sintiéndonos en el camino de vuelta un poco más cobardes si cabe y, como si hubiéramos hecho algo malo, reprobable, nos justificamos al regresar.

Sin embargo a veces puede ocurrir, como me ocurrió a mí, que el propio lugar escogido eclipse todos los demás acontecimientos.

Me acerqué al invernadero y con mucho cuidado extraje la semilla que me permitiría entrar en el deseado lugar, una de las más raras, y por ende una de las plantas más bellas de los alrededores, tan bella como escasa; una *funcus artimis*. Observé el número de serie: 713. Me dirigí a la extraña cerradura e introduje la semilla. Al momento escuché los habituales ruidos inquietantes que me indicaban que la semilla había sido plantada en el exterior, mientras que la puerta se abría sin hacer ruido alguno. Sin más dilación, entré y cerré.

Como en las otras habitaciones, sólo una silla y un reloj de pared adornaban el lugar. Del mismo modo, supuse que sería un viaje de ida y vuelta con sus reglas habituales, por lo que tuve la precaución de llevar conmigo una segunda semilla. Me senté y comprobé que las agujas del reloj se movían, pero en sentido antihorario. Estaba viajando al pasado lejano, no sabía si tan lejano en el tiempo como los viajes que las otras puertas ofrecían al futuro, pero a juzgar por la velocidad de las manecillas deduje que bastante. Estaba efectuando lo que los científicos llamaban un movimiento cronalmente acelerado. Al cabo de un rato, como solía ser habitual, pasó a ser cronolíneo uniforme para volver a ser de nuevo cronalmente acelerado pero con aceleración cronal negativa, hasta moverme de nuevo con velocidad cronal constante de un segundo por segundo. Estos movimientos son sencillos aunque largos de explicar, pero están en cualquier libro de

física de estudios primarios por lo que no hablaré más de ello.

Salí de la habitación y me encontré con que, a pesar de estar todo en su lugar, algo era distinto en el Templo pero ignoraba qué; como cuando conocemos un lugar a la perfección, tanto que notamos cualquier ausencia o presencia ajena a nuestro recuerdo, pero somos incapaces de describirlo correctamente cuando no estamos en él. Salí de los pasillos y me acerqué a una ventana. El clima era más frío, más hostil.

Y la vista era espectacular.

Todo estaba geológicamente alterado. La vegetación era mucho más salvaje, y era difícil ver el suelo mismo debido a los bosques que lo tapaban con su frondosidad. Asimismo las colinas eran mucho, mucho más numerosas y caóticas. Salvo el edificio, no había rastro de vida inteligente alguna. Sentí que aquel lugar, que yo tenía por misterioso y solitario en mi época, no era nada comparado con el paraje desbocado de la naturaleza que ante mis ojos se presentaba. La necesidad de aislamiento por haber sido abandonado por mi mujer se vio sustituida por curiosidad, y olvidé todo lo que hasta allí me había llevado. Salí del edificio con la intención de avanzar y contemplar el horizonte. Fatigado, comencé a subir y bajar colinas, todo lo recto que pude y siempre sin perder de vista el Templo, hasta que llegué a una más alta que las demás. Me pregunté si, allí en lo alto, algún otro científico, tal vez el Doctor Fex, habría tenido las mismas sensaciones contradictorias de ansias de tiranía y paz interior, poder inabarcable y redención alcanzada que en aquel momento me albergaban, pues allá en el horizonte, donde debía estar Arnápolis IV, una pradera asomaba, de una extensión tal que fácilmente podía abarcar un país entero en su interior. Lejos, muchísimo más lejos de lo que seguramente imaginaba, se recortaba una montaña que si bien parecía achatada por la distancia, debía ser de una descomunal altura. Quise ir hacia ella, pero comprendí que era un suicidio, y que cuando llegara sería muy probable que otra figura en el horizonte atrajera de nuevo mi atención. Hubo también algo más que me hizo cambiar de idea.

Los gruñidos que proferían las siluetas que, desde detrás, avanzaban hacia mí.

Eché a correr colina abajo, sin detenerme un segundo, pero con tan mala pata que tomé el camino con más pendiente y me precipité hacia la base rodando violentamente y aterrizando con estrépito sobre una gran piedra. Traté de levantarme, pero no pude elevar la nariz ni un palmo del suelo. Antes de desmayarme vi las siluetas acercarse a toda velocidad hacia mí y escuché ruidos en la otra dirección. Tras eso, caí al fin.

Tras el inciso dramático 2 debo decir que no sólo desperté, sino que lo hice en el mismo sitio donde había caído. Cuando levanté la vista vi al Doctor Fex portando una especie de desintegrador, que suponía había sido usado a juzgar por el olor a Whopper Junior que me llegaba desde atrás. Me giré en redondo y allá donde vislumbré por última vez a aquellas criaturas de pesadilla sólo quedaba hierba negra. Fex me ayudó a levantarme y me llevó de vuelta al Templo de Puertas, donde entramos en la habitación 713 y regresamos al presente otra vez. La furia del buen Doctor era considerable, de hecho por un momento le creí capaz de matarme allí mismo con el desintegrador, pero al final recapacitó y se calmó un poco.

Sólo se limitó a despedirme y empapelarme de por vida, y eso

como un favor dada mi efímera condición de héroe local.

Perder el empleo no fue la mejor estrategia para conseguir que mi mujer volviera conmigo, pero lo cierto es que no estuve precisamente ocioso después de ese intenso día. Montones de medios de comunicación trataron de ponerse en contacto conmigo para que revelara dónde llevaba la habitación 713, y aunque hubiera querido, cosa que no podía dadas las amenazas de muerte, torturas y demás sutilezas típicas a las que se me había sometido, tampoco entendía muy bien qué había de malo en lo que había visto. Estaban aquellos bichos muy feos y muy cabrones, pero que al fin y al cabo ya no existían pues eran obra del pasado. Era peor el futuro en mi opinión, con sus guerras, sus holocaustos, su desolación y todas esas cosas que se encuentra uno en toneladas de libros de ciencia ficción pero que no dejan de impactarle. Sabía que había algo más, e iba a averiguarlo. Por eso decidí volver al Templo de Puertas pese a no ser ya el Vigilante de Semillas. Y por una vez en la vida me alegré de que me dejara mi mujer.

Porque si la hubiera atendido más nunca habría cultivado en mi invernadero personal la semilla de *funcus artimis* que abría la puerta de la habitación 713.

Sabía que tenía que actuar deprisa, porque el mero hecho de abrir la puerta me pondría otra vez al descubierto, ya que una nueva planta aparecería en el paisaje. Sin embargo tuve una intuición, y antes de entrar me llevé conmigo un martillo de considerables dimensiones. Una vez cerrada la puerta, me esmeré en golpear la pared sin miedo a ser escuchado, pues al fin y al cabo ya no estaba en mi propio tiempo. Finalmente abrí un agujero del tamaño de una mano y desde el cual se podía ver el exterior, fluctuando como el oleaje del mar; unas veces se creaban edificios, se destruían, las plantas morían y volvían a nacer, las colinas subían y volvían a bajar. Y por fin tuve la tentación de hacer lo que había ido a hacer.

La verdad es que ser un cafre es parte indiscutible de la naturaleza humana. Tirar el chicle por la escotilla del vehículo espacial o escupir al atravesar un agujero negro son de esas cosas que uno, aunque no haga, está tentado de hacer, y en el fondo se resumen en una sola: tirar cosas por la ventanilla.

Primero lancé el martillo. En cuanto salió de la habitación cayó al suelo a mucha más velocidad (de hecho, desde mi punto de vista, a velocidad casi infinita), pudriéndose el mango y herrumbrándose la cabeza poco a poco. Tiré un bloc que llevaba en el bolsillo y prácticamente se volatilizó en cuanto tocó el suelo. Tras lanzar variados objetos cual viajero gamberro del espacio-tiempo, opté por tirar una de las semillas que llevaba, la cual al caer dio lugar a un hermoso árbol que se marchitó al momento.

Y fue en aquel momento cuando al fin me di cuenta. Estaba en la habitación 713, y al lanzar la semilla estaba viajando más rápido que ella. Es decir, estaba avanzando en el tiempo. Entonces, aquel mundo que vi... era el futuro, no el pasado. Lo mismo había ocurrido con los otros objetos, pero no me di cuenta hasta que vi algo tan evidente como el crecimiento de una planta (o tal vez es que en el fondo soy como todos los demás agitaprobetas y lo que no tenga que ver con mi ciencia se me escapa). Cuando el viaje acabó volví de nuevo atrás y comprobé cómo se revertían todos los procesos: el árbol resucitaba para no nacer, cayendo la semilla a mis pies. De ese modo recuperé

todos los objetos y el martillo me golpeó en la cabeza con saña. Maldije las paradojas temporales y fui corriendo martillo en mano a la habitación contigua. Al llegar me encontré con el agujero ya practicado. Me extrañé pero me apresuré en cerrar la puerta, empezando el viaje. Al cabo de un rato me di cuenta de que había perdido todos los objetos, por lo que miré por el agujero y vi mi martillo en el exterior, recomponiéndose hasta que entró por el agujero y me golpeó en la cabeza de nuevo. Del mismo modo el árbol resucitó otra vez para no nacer y la semilla volvió a mi poder, y así con los demás objetos. Cuando llegué a mi destino el agujero desapareció, pues como sospechaba estaba viajando al pasado, y aún no había sido practicado. Salí al exterior, y encontré el mundo postapocalíptico que ya había conocido. Con una salvedad... me había dado cuenta de que no era postapocalíptico, sino preapocalíptico.

Me di cuenta, con el dramatismo propio de un acontecimiento de tal magnitud, de por qué los científicos habían ocultado con tanto recelo la habitación 713: porque no querían que conociéramos nuestro verdadero futuro. Un futuro de guerras, de muerte y destrucción, es al menos un futuro con esperanzas de paz y de nueva estabilidad: de hecho eso fue lo que ocurrió. Sin embargo un futuro vacío, sólo con vegetación y extrañas criaturas amenazantes, no es nada. Es el fin de nuestro reinado. En el futuro falso la humanidad estaba diezmada, pero al menos había humanidad. En el verdadero presencié la extinción de nuestra raza.

Tras el inciso dramático 3 sólo mencionar que decidí callar, dado que comprendí que aquellos agitaprobetas aún esperaban al momento adecuado para contar la verdad, pero me aproveché de que desconocían mis verdaderas intenciones para chantajear al Doctor Fex y su plebe con el fin de obtener un nuevo y mejor puesto de trabajo.

Y en fin, esa fue mi experiencia. Me volví a casar y a cometer los mismos errores conyugales, por lo que mi segunda mujer también me abandonó. Lo que hice el día que me dejó mi segunda mujer, sin embargo, trajo consecuencias más importantes, por lo que a su debido tiempo lo contaré, tal vez en una nueva historia.

Autor: Magnus Dagon (seudónimo literario de Miguel Ángel López Muñoz); Madrid, España.

Relato publicado originalmente en la antología *Sonrisas y asteroides*, Libro Andrómeda núm. 16.

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.